

tante ministerio de la fé? ¡Ah! ¿Por qué venís á reparar en nuestros cortos talentos, y á buscar prendas humanas, en donde solo Dios es quien habla y obra? ¿No son algunas veces los instrumentos mas viles los mas propios para el poder de su gracia? ¿Quando él quiere no se arruinan los muros de Jericó al sonido de unsa débiles trompetas? ¿Qué nos importa el agradaros, si no os mudamos? ¿De qué nos sirve ser eloqüentes, si vosotros permanecéis siempre pecadores? ¿Qué fruto sacaremos de vuestras alabanzas, si vosotros no le sacáis de nuestras instrucciones? Nuestra gloria consiste en establecer el reyno de Dios en vuestros corazones; vuestras lágrimas solamente pueden elogiarnos mucho mejor que vuestros aplausos; y nosotros no queremos mas corona que á vosotros mismos, y vuestra salud eterna. *Amen.*



SERMON
PARA EL LUNES
DE LA PRIMERA SEMANA
DE QUARESMA.

SOBRE LA VERDAD DE OTRA
VIDA ETERNA.

Ibunt hi in supplicium aeternum, justi autem in vitam aeternam.

Estos irán á un eterno suplicio, y los Justos á la vida eterna. *Matth. 25. v. 46.*

VEd aqui, Católicos, en lo que vendrán á parar por último los deseos, las esperanzas, los consejos y las empresas de los hombres. Ved aqui finalmente el termino de las vanas reflexiones de los Sabios, y de los entendimientos rebeldes; de las dudas é incertidumbres eternas de los incredulos; de los vastos proyectos de los Conquistadores; de los monumentos de la gloria humana; de los cuidados de la ambicion; de

de las distinciones de los talentos ; de las inquietudes de la fortuna ; de la prosperidad de los imperios , y de todas las frívolas revoluciones de la tierra. Esta será la terrible solucion que nos manifestará por último los misterios de la Providencia en orden á los diversos destinos de los hijos de Adám , y que justificará su conducta en el gobierno del Universo. Esta vida no es mas que un rápido instante y el principio de otra vida eterna ; la suerte de todos los hombres se dividirá en unos tormentos que nunca se han de acabar , ó en las delicias de una felicidad inmortal : y nuestro destino ha de ser uno de estos dos extremos.

Con todo eso , la imagen de este grande espectáculo , que en otro tiempo fue suficiente para asustar la ferocidad de los tyranos , para hacer temblar la constancia de los Filósofos , para turbar las delicias y el regalo de los Cesares , para domesticar á los pueblos mas bárbaros , para formar tantos Martyres , para poblar los desiertos , y sujetar todo el Universo al yugo de la Cruz ; esta imagen tan terrible , hoy ya casi no está destinada mas que para asustar la timidéz del pueblo sencillo ; aquellos grandes objetos han venido á ser pinturas vulgares , que casi no nos atrevemos á exponer á la falsa delicadeza de los poderosos y de los sabios del mundo , y el fruto que regularmente sacamos de este genero de discursos , es el que al salir de ellos pregunten , si todo sucederá como lo hemos dicho.

Porque , Católicos , vivimos en un tiempo en que ha naufragado la fé de muchos ; en que una fatal filosofía , como un mortal veneno , se esparce ocultamente , y pretende justificar las abominaciones y los vicios contra la fé de las penas y de las recompensas futuras. Esta plaga ha pasado de los palacios de los Grandes hasta el pueblo , y en todas partes se ofende á la piedad de los justos con conversaciones de irreligion , y máximas de libertinage.

Y

Y á la verdad , Católicos , no me admiro de que unos hombres disolutos duden de la eternidad , y procuren combatir y debilitar una verdad tan propia para turbar sus pecaminosas delicias. Terrible cosa es el esperar una infelicidad eterna. El mundo no tiene placer que dure á vista de un pensamiento tan triste , y por eso ha procurado siempre borrarle del corazon y del espíritu de los hombres. Conoce muy bien que la fé de lo por venir es un freno que incomoda las pasiones humanas , y que nunca podrá conseguir el que los hombres disolutos estén sosegados y tranquilos , si antes no los hace incredulos.

Quitemos , pues , Católicos , á la corrupcion del corazon humano un apoyo tan débil y tan monstruoso. Hagamos ver á las almas disolutas , que han de sobrevivir á sus desordenes ; que no todo muere con el cuerpo ; que esta vida acabará sus delitos , pero no sus desgracias ; y para mejor confundir la impiedad , impugnemos los vanos pretextos en que se funda.

Primeramente , nos dice el impío , ¿ quién sabe si todo muere con nosotros ? ¿ Es cierta la otra vida de que nos hablan ? ¿ Quién ha vuelto de allá para decirnos lo que allí pasa ?

En segundo lugar : ¿ Es compatible con la grandeza de Dios , dicen tambien , el abatirse á cuidar de lo que pasa entre los hombres ? ¿ Qué le importa el que unos gusanos de la tierra , como nosotros , se deguellen , se engañen , se despedacen , que vivan con placeres ó con templanza ? ¿ No es soberbia del hombre el creer que cuida de él un Dios tan grande ?

Finalmente añaden : ¿ Qué apariencia puede haber de que habiendo Dios hecho nacer al hombre segun él es , castigue como delitos unas inclinaciones á los placeres que se hallan dentro de nosotros y que nos dió la naturaleza ? Esta es toda la Filosofía de las almas sensuales : la incertidumbre de la eternidad : la grandeza de

de un Dios á quien no puede ofender una vil criatura: y la flaqueza natural del hombre, á la que sería cosa indigna acusar de delito.

Manifestemos, pues, desde luego contra la incertidumbre de los impíos, que la verdad de la otra vida se justifica con las mas puras luces de la razon: en segundo lugar, contra la indigna idea que se forman de la grandeza de Dios, que esta verdad corresponde á su sabiduría y á su gloria; finalmente, contra el pretexto sacado de la flaqueza del hombre, que se justifica por el mismo juicio de su propia conciencia. La certidumbre de la otra vida, su necesidad, y el dictamen interior de la conciencia que nos la persuade, serán el asunto de mi discurso.

¡Oh Dios mio! no mireis el ultrage que hacen á vuestra gloria las blasfemias de la impiedad. Considerad y ved solamente de lo que es capaz un entendimiento á quien no iluminais. Reconoced en los monstruosos extravíos del espíritu humano la severidad de vuestra justicia, quando ésta le abandona; para que quanto mas descubrá yo aqui las insensatas blasfemias del impío, le tengais por mas digno de vuestra piedad y de las riquezas de vuestra misericordia. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

SIn duda que es cosa terrible el haber de justificar en presencia de unos fieles la verdad de mayor consuelo que tiene fé; el haber de probar á unos hombres á quienes se les ha anunciado á Jesu Christo, que su sér no es un extravagante conjunto, ni un funesto efecto de la casualidad; que un Artifice sabio y omnipotente ha presidido á nuestra formacion y á nuestro nacimiento; que un soplo de inmortalidad anima nuestro barro; que una porcion de nosotros mismos nos ha de

de sobrevivir, y que nuestra alma al salir de esta casa terrestre ha de volver al seno de Dios de donde habia salido, y ha de ir á habitar la region eterna de los vivos en donde á cada uno se le ha de dar segun sus obras.

Por esta verdad empezó San Pablo á anunciar la fé en el Areopago. (a) Nosotros somos la descendencia inmortal de Dios, decia á aquella asamblea de Sábios, y el Señor ha establecido un dia para juzgar al universo. Por esta parte empezaron los hombres Apostólicos á poner los primeros cimientos de la doctrina de la salud entre las naciones infieles y corrompidas. Pero nosotros, Católicos, que llegamos al fin de los siglos, despues que la plenitud de las naciones ha entrado en la Iglesia, despues que todo el universo ha creído, despues que han sido aclarados todos los Misterios, cumplidas todas las Profecías, Jesu-Christo glorificado, abierto y franqueado el camino del cielo: nosotros que venimos al mundo en los últimos tiempos, quando el dia del Señor está mucho mas cercano que quando creyeron nuestros padres: ¡Ah! ¿quál debe ser nuestro ministerio sino el preparar á los fieles para esta grande esperanza, y enseñarlos á estar dispuestos para parecer ante Jesu-Christo que está para venir, é impugnar todavia aquellas máximas monstruosas é insensatas que borró del universo la primera predicacion del Evangelio.

La falsa incertidumbre de la otra vida es el primer fundamento de la seguridad de las almas incrédulas. Nadie sabe lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan, suelen decir: Ningun muerto nos lo ha venido á contar, y puede ser que todo se acabe con la muerte; gocemos de lo presente, y dexemos al acaso lo por venir, ó lo que no existe, ó, á lo menos, lo que no quisieramos conocer.

(a) Act. 17. v. 19. & 31.

Digo, pues, que esta incertidumbre es sospechosa, por razon del principio de que procede; es insensata, por las razones en que se funda; y terrible, por sus conseqüencias. Estadme atentos.

Es sospechosa por razon del principio de que procede; porque, Católicos, ¿cómo se ha formado en el espíritu del impío esta incertidumbre de lo por venir? Para averiguar si una opinion se ha formado en la tierra por los intereses de la verdad, ó por los de las pasiones, basta averiguar su origen.

El impío nació con los principios de religion natural, comunes á todos los hombres; halló escrita en su corazon una ley que prohibia la violencia, la injusticia, la perfidia, y todo quanto él no quisiera padecer en sí mismo: la educacion fortificó estos dictámenes de la naturaleza; le enseñaron á conocer á un Dios, á amarle, y á temerle; le enseñaron la virtud en los preceptos, se la hicieron amable con los exemplos; y aunque halló en sí inclinaciones opuestas á la obligacion, quando le sucedia dexarse arrastrar de ellas, su corazon se ponía en su interior de parte de la virtud contra su propia flaqueza.

De este modo empezó á vivir el impío en la tierra. Adoró con todos los demás hombres un Sér supremo, respetó sus leyes, temió sus castigos, y esperó sus promesas; ¿de qué proviene, pues, que ya no conoce á Dios, que los delitos le parezcan prohibiciones de la política humana, el infierno una preocupacion, la otra vida una quimera, y el alma un aliento que perece con el cuerpo? ¿Por qué grados ha llegado á estos conocimientos tan nuevos y extraordinarios? ¿Por qué medios ha podido conseguir el deshacerse de sus antiguas preocupaciones, tan recibidas entre los hombres, tan conformes á los dictámenes de su corazon, y á las luces de su entendimiento? ¿Las ha examinado? ¿Ha consul-

sul-

sultado? ¿Se ha valido de todas aquellas serias precauciones que pide el negocio mas importante de su vida? ¿Se ha retirado del comercio de los hombres para dar mas lugar á las reflexiones y al estudio? ¿Ha purificado su corazon, temiendo que le engañasen las pasiones? ¿Qué cuidados no se necesitan para desvanecer las primeras ideas de que ha sido imbuída el alma desde el principio!

Escuchadlos, Católicos, y admirad aqui la justicia de Dios para con los hombres corrompidos, que entrega á la vanidad de sus discursos. A proporcion que se han ido desarreglando sus costumbres, les han ido pareciendo sospechosas las reglas; á proporcion que se ha ido entorpeciendo, ha procurado persuadirse que el hombre era semejante á la bestia; para hacerse impío ha cerrado todos los caminos que podian guiarle á la verdad, no mirando la religion como un negocio serio, no examinandola sino para deshonrarla con blasfemias y graciosidades sacrilegas; no ha llegado á ser impío sino procurando obstinarse contra los gritos de su conciencia, y entregandose á los mas infames delitos. Este es el camino por donde ha llegado á los conocimientos raros y sublimes de la incredulidad: estos son los grandes esfuerzos que ha hecho para llegar á descubrir una idea, que todos los hombres hasta él habian ignorado ó detestado.

El desorden del corazon es la raiz de la incredulidad. Sí, Católicos, enseñadme, si podeis, unos hombres prudentes, veraces, castos, arreglados, sóbrios, que no crean en Dios, que no esperen la eternidad, que tengan á los adulterios, á las abominaciones, á los incestos, por inclinaciones y juegos de una naturaleza inocente; si ha habido en el mundo algunos impíos que parecian prudentes y sóbrios, era ó porque ocultaban mejor sus desordenes, para dar mas crédito á su impiedad, ó porque saciados de

V 2

los

los deleytes habian llegado á esta falsa templanza. Los excesos fueron siempre la primera raiz de su irreligion. Ya estaba corrompido su corazon antes que naufragase su fé; tenian interés en creer que todo muere con el cuerpo antes de haberselo llegado á persuadir; y aunque el demasiado uso de los deleytes pudo disgustarlos de la culpa, no pudo hacerles amable la virtud.

¡Oh qué consuelo, Católicos, para nosotros que creemos, el saber que es preciso renunciar á las buenas costumbres, á la probidad, al pudor, y á todos los pensamientos de humanidad, antes de renunciar á la fé, y dexar de ser hombre para no ser Christiano!

Ved ya la incertidumbre del impío, sospechosa en su principio. Pero en segundo lugar es insensata por las razones en que se funda.

Porque, Católicos, para abrazar el funesto partido de no creer cosa alguna, y vivir tranquilos en orden á todo lo que nos dicen de la futura eternidad, se necesitan sin duda unas razones muy decisivas y convincentes. No es cosa natural que el hombre aventure un interés tan sério como es el de su eternidad, fundado en pruebas leves y frívolas; aun menos natural es el que en este asunto abandone el comun dictámen, la fé de sus padres, la religion de todos los siglos, el consentimiento de todos los pueblos, las preocupaciones de su educacion, si no se hallára como precisado por la evidencia de la verdad. Si el impío no está bien asegurado de que todo muere con el cuerpo, no hay cosa igual á su locura y extravagancia; ¿y podrá estar bien asegurado de esto? ¿Quáles son las poderosas razones que le han determinado á tomar este fatal partido? No sabemos, dice, lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan. El justo muere como el impío, el hombre como la bestia, y ninguno vuel-

ve

ve de allá para decirnos qual de los dos se engañó. Apurad aun mas, y os espantareis de vér la flaqueza de la incredulidad, los discursos vagos, las dudas despreciables, las incertidumbres eternas, y las suposiciones quiméricas, que no serian suficientes para arriesgar la felicidad ó desgracia de uno de sus dias; y se atreve, fundado en ellas, á aventurar una eternidad toda entera.

Ved aqui las invencibles razones que opone el impío á la fé de todo el universo; ved aqui aquella evidencia que excede en su entendimiento á lo mas evidente y mejor fundado que hay en la tierra. No sabemos lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan. ¡Oh hombre! Abre aqui los ojos. Una sola duda basta para hacerte impío, y no han de bastar todas las pruebas de la religion para hacerte fiel? ¿Dudas si hay otra vida, y no obstante vives como si no la hubiese? ¿No tienes mas fundamento de tu opinion que tu propia incertidumbre, y reprehendes nuestra fé como una credulidad vulgar?

Pero yo os suplico, Católicos, que me digais, de parte de quien está la credulidad en este punto, si está de parte del impío, ó del fiel. El fiel cree en la eternidad fundado en la autoridad de las Divinas Escrituras, esto es, en el libro que sin contradiccion mereció la mayor creencia; en el testimonio de los hombres Apostolicos, esto es, de unos hombres justos, sencillos, milagrosos, que derramaron su sangre por dar gloria á la verdad, y á cuya doctrina ha dado la conversion de el universo un testimonio, que hasta el fin de los siglos se levantará contra el impío. En el cumplimiento de las Profecías, esto es, en la unica señal de verdad que no puede imitar la impostura. En la tradicion de todos los siglos, esto es, en unos hechos que han tenido por ciertos los mayores hombres que ha habido en el mundo desde su creacion,

cion, y que han confesado los justos, y los pùeblos mas sábios y políticos. En una palabra: en unas pruebas que aun quando no fueran ciertas, á lo menos son verosimiles. El impío niega la eternidad, fundado en una simple duda, ó en una pura sospecha: ¿Quién hizo esta eternidad, nos dice? ¿Quién ha vuelto de allá? No tiene razon alguna sólida ni decisiva para impugnar la verdad de lo por venir, y si no digala, y nos daremos por vencidos. No hace mas que desconfiar de que haya otra vida despues de esta, y lo cree asi sin mas fundamento que su desconfianza.

Ahora os pregunto, ¿quál de los dos es el crédulo? ¿Es acaso el que funda su creencia en lo que por lo menos tiene mas verosimilitud entre los hombres, y es mas conforme á la razon, ó el que fundado en la debilidad de una simple duda, se determina á creer que no hay eternidad? Con todo eso al impío le parece que se aprovecha mas de su razon que el fiel. Nos mira como á hombres flacos y crédulos; se considera á sí mismo como un espiritu superior á las preocupaciones vulgares, y solo cede á la razon, y no á la opinion comun. ¡Oh Dios! ¡Qué terrible sois quando entregais el pecador á su ceguedad, y como sabeis sacar vuestra gloria de los mismos esfuerzos que hacen vuestros enemigos para combatirla!

Pero quiero pasar mas adelante: Aun quando hubiera algun fundamento para la duda que se forma el impío de lo por venir, y aun quando las vanas incertidumbres que le hacen incrédulo, contrapesasen á las sólidas y evidentes verdades que nos prometen la inmortalidad, digo que aun quando esta igualdad fuera cierta, debiera á lo menos desear que fuese verdadero lo que propone la fé en orden á la inmortalidad de nuestras almas, una creencia que tanto honor hace al hombre, que le enseña que su origen es celestial, y eternas sus esperanzas; debiera desear que la doctrina de la im-

piedad fuese falsa; una doctrina tan funesta, y de tanto abatimiento para el hombre, que le confunde con las bestias, que le hace vivir solo para el cuerpo; que no le dá ni fin, ni destino, ni esperanza; que limita su suerte al corto número de dias rápidos, inquietos, y dolorosos que vive en la tierra. Aun en iguales circunstancias, un entendimiento sublime quisiera mas engañarse honrandose, que abrazando un partido ignominioso á su sér. ¿Qué alma puede ser la que el impío ha recibido de la naturaleza, pues escoge el creer, fundado en tan débiles razones, que solo ha sido hecho para la tierra, y se complace en mirarse como un vil conjunto de barro, y compañero de los bueyes y toros? ¡Pero qué digo, Católicos! ¿Qué monstruo debe ser el impío en el universo, pues solamente desconfia de la opinion comun, porque es demasiado gloriosa para su naturaleza, y porque cree que solamente la vanidad de los hombres la ha introducido en la tierra, y les ha persuadido á que eran inmortales!

Pero no, Católicos, estos hombres de carne y sangre tienen razon para reusar el honor que la religion hace á su naturaleza, para persuadirse á que su alma es toda de barro, y que todo muere con el cuerpo; unos hombres sensuales, impúdicos, afeminados, que no tienen mas freno que un brutal instinto, mas regla que el exceso de sus deseos, mas ocupacion que el excitar con nuevos artificios el apetito, ya casi amortiguado; á unos hombres de esta condicion no les debe costar mucho trabajo el creer que no tienen en sí principio alguno de vida espiritual; que todo su sér consiste en el cuerpo; y como imitan las costumbres de las bestias, merecen escusa quando se atribuyen su naturaleza; pero no juzguen de los demás hombres por sí mismos; aun hay en la tierra algunas almas continentés, castas y sóbrias que no acusan á la naturaleza de las vergonzosas inclinaciones de su voluntad; no degraden, pues, á toda la humanidad por ha-

haberse ellos indignamente degradado; busquen á sus semejantes entre los hombres, y hallandose casi solos en el universo, verán que mas son monstruos que obras regulares de la naturaleza.

Además de esto, no solamente es insensato el impío, porque en iguales circunstancias debieran su corazón y su gloria decidir en favor de la fé, sino porque ésta cederia tambien en interés propio suyo: porque, Católicos, ¿qué aventura el impío, como ya he dicho otra vez, en creer? ¿Qué malas conseqüencias puede tener su credulidad, aun quando se engañara? El viviria con rectitud, con honor, con inocencia; sería pacífico, afable, justo, sincero, religioso, amigo generoso, esposo fiel, y amo equitativo; moderaria unas pasiones, que pudieran serle causa de todas las desgracias de su vida; se abstendria de los deleytes y excesos que le prepararian una vejez dolorosa y una triste suerte; gozaria de la reputacion de la virtud, y de la estimacion de los pueblos: esto es lo que aventura, aun quando todo se acabara con esta vida; este sería el único modo de pasarla feliz y tranquilamente; y en creer no se halla mas inconveniente que este. Aun quando no hubiera premios eternos, ¿qué perderia por esperarlos? Lo mas que perderia serían algunos placeres sensuales y rápidos, que muy presto, ó le cansan con el disgusto que se subsigue, ó le tiranizan con los nuevos deseos que despiertan; perderia la funesta satisfaccion de ser, para un instante que ha vivido en la tierra, cruel, desnaturalizado, sensual, sin fé, sin buenas costumbres, sin conciencia, y aun acaso despreciado, y deshonrado en su pueblo. No me parece que puede haber mayor desgracia, que el persuadirse á que ha de reducirse á la nada, aun quando su error no tuviera otras conseqüencias. Pero si hay una vida eterna, y si se engaña no queriendo creerla, ¿á qué no se expone? á la pérdida de los eternos bienes, y de la posesion de vuestra gloria; oh Dios mio! con la que ha-

bia de ser eternamente dichoso. Pero esto no es mas que el principio de sus desgracias; hallará un fuego abrasador, un suplicio sin fin y sin medida; una eternidad de horror y de desesperacion. Comparad, pues, estas dos suertes; y ved que partido debe tomar el impío. ¿Deberá arriesgar la corta duracion de algunos dias, ó una eternidad toda entera? ¿Se fiará de lo presente que se ha de acabar mañana, y con lo que no puede ser feliz, ó temerá lo por venir que no tiene mas límites que la eternidad, y que ha de durar tanto como el mismo Dios? ¿Qué hombre prudente, aun quando fuera igual la incertidumbre, se atreverá á dudar en este punto? ¿Y qué nombre daremos al impío, quando no teniendo en su favor mas que unas dudas frívolas, y viendo por parte de la fé, la autoridad, los exemplos, la prescripcion, la razon, la voz de todos los siglos, y al mundo entero, él solo toma el funesto partido de no creer? Muere tranquilo como si no hubiera de vivir mas; pone su eterno destino en manos de la casualidad, y vá con indiferencia á experimentar la decision de tan importante suceso; oh Dios mio! ¿Es este un hombre á quien gobierna una razon clara, ó un furioso que no espera mas remedio que su desesperacion? Luego la incertidumbre del impío es una necedad, si se atiende á las razones en que se funda.

202 Pero en último lugar, tambien es terrible por sus conseqüencias. Permitidme aqui que dexé por ahora las poderosas razones de la doctrina, y que hable solamente con la conciencia del incrédulo, valiendome para prueba de lo que siente en su interior.

Ahora bien, si todo se ha de acabar con nosotros; si el hombre nada debe esperar despues de esta vida; si esta es nuestra patria, nuestro origen, y la unica felicidad que podemos prometernos, ¿por qué no somos felices en ella? ¿Si no nacemos mas que para los deleytes de los sentidos, cómo no pueden éstos satisfacernos, y

dexan siempre molestias y tristezas en nuestro corazon? Si el hombre en nada excede á la bestia, ¿por qué no pasa sus dias como ella, sin cuidado, sin inquietud, sin disgusto, y sin tristeza, en la felicidad de los sentidos y de la carne? Si el hombre no tiene que esperar mas felicidad que la temporal, ¿cómo no la halla en cosa alguna de la tierra? ¿De qué proviene que le inquieten las riquezas, que le fatiguen los honores, que le cansen los deleytes, que las ciencias le confundan, y aviven su curiosidad en vez de satisfacerla, que la fama le moleste y embarace, que todas estas cosas juntas no puedan llenar la inmensidad de su corazon, y que siempre le quede algo que desear? Las demás criaturas contentas con su suerte, parecen felices á su modo, en la condicion en que las colocó el autor de la naturaleza: los astros tranquilos en el Firmamento no dexan su puesto por ir á iluminar otros países: la tierra arreglada en sus movimientos, no se sube á ocupar el lugar de los astros: los animales andan por los campos, sin envidiar la suerte del hombre que habita en las ciudades y suntuosos palacios: los pájaros se alegran en los ayres, sin pensar si hay criaturas mas felices que ellos en la tierra. Todas las cosas son felices, por decirlo así; cada una ocupa su lugar en la naturaleza. Solamente el hombre está inquieto y descontento; solamente el hombre está entregado á sus deseos, se dexa despedazar de los temores, halla su suplicio en sus esperanzas, y su tristeza y desgracia en medio de sus placeres: solamente el hombre no halla en la tierra en donde poder fijar su corazon.

¿De qué proviene esto? ¡Oh hombre! ¿No consiste en que la tierra no es tu propio lugar; en que fuiste hecho para el cielo; en que tu corazon es mayor que el mundo; en que la tierra no es tu patria, y en que todo lo que no es Dios, es nada para tí? Responded, si te-

neis qué, ó por mejor decir, preguntad á vuestro corazon, y sereis fiel. En segundo lugar; si todo muere con el cuerpo, ¿quién pudo persuadir á todos los hombres, en todos los siglos, y en todos los países, que su alma era inmortal? ¿De dónde le pudo venir al género humano esta estraña idea de inmortalidad? ¿Un pensamiento tan distante de la naturaleza del hombre, si solamente hubiera nacido para las funciones de los sentidos, cómo habia de haber podido prevalecer en la tierra? Porque si el hombre fue hecho para lo temporal como la bestia, no puede haber cosa mas incomprehensible para él que la idea de la inmortalidad. Unas máquinas fabricadas de barro, que no hubieran de tener mas vida ni mas objeto que una felicidad sensual, ¿hubieran podido nunca atribuirse ó hallar en sí mismas tan nobles pensamientos y tan sublimes ideas? Con todo eso, esta idea tan extraordinaria ha llegado á ser la idea de todos los hombres: esta idea tan opuesta á los sentidos, pues á lo que ven los ojos; el hombre muere como la bestia, se ha establecido universalmente en la tierra. Este pensamiento, que ni aun hallar hubiera podido un inventor en el mundo, ha hallado una docilidad universal en todos los pueblos, así en los mas bárbaros como en los mas civiles, en los mas cultivados como en los mas rústicos, y en los mas infieles como en los mas sujetos á la fé.

Registrad todos los siglos desde su nacimiento; recórrid todas las naciones; leed la historia de los reynos y de los Imperios; escuchad á los que vienen de las Islas mas remotas; todos los pueblos de el universo han creído siempre, y aun hoy creen la inmortalidad del alma. El conocimiento de un solo Dios ha podido borrarse en la tierra; su gloria, su poder, su inmensidad, han podido aniquilarse, si es lícito decirlo así, en el espíritu de los hombres; algunos

pueblos enteros de Bárbaros puede ser que vivan todavía sin culto, sin religion, y sin Dios en este mundo; pero todos esperan otra vida; las ideas de la inmortalidad del alma no se han podido borrar de su corazón; todos se figuran una region en donde han de habitar nuestras almas, después de nuestra muerte, y aunque se hayan olvidado de Dios, no han podido olvidarse de sí mismos.

¿De qué proviene, pues, que unos hombres tan diferentes en genio, en culto, en países, en opiniones, en intereses, y aun en la figura, y que apenas parecen entre sí de una misma especie, no obstante convengan todos en este punto, y todos quieran ser inmortales? Esto no ha sido por una secreta inteligencia: porque ¿quién podrá hacer que todos los hombres de todos los países conviniesen entre sí en un mismo pensamiento? Tampoco puede consistir en una preocupacion de la crianza, porque los usos, las costumbres, el culto, que por lo comun son efectos de las preocupaciones, no son los mismos en todos los pueblos; pero la opinion de la inmortalidad es comun á todos. Tampoco puede consistir en que esta opinion sea una secta, porque además de ser la religion universal del mundo, este dogma nunca tubo protector ni cabeza. Los hombres se le han persuadido ellos mismos, ó por mejor decir, la naturaleza se le ha enseñado sin socorro de Maestro, y es el unico que desde el principio del mundo ha pasado de padres á hijos, y se ha mantenido siempre en la tierra. O tú qualquiera que creas ser un conjunto de barro, sal de él mundo en donde eres solo de esta opinion: Vé á buscar en otra tierra hombres de otra especie, y semejantes á las bestias; ó por mejor decir, horrorízate de tí mismo al verte como solo en el universo, rebelde contra toda la naturaleza, y desconocido á tu propio corazón, ó acaba de conocer en la comun opinion de

de todos los hombres, la impresion comun del Autor que los formó á todos.

Finalmente, y concluyo con esta última razon. La universal sociedad de los hombres, las leyes que nos unen unos con otros, y las obligaciones mas sagradas é inviolables de la vida civil, todo está fundado sobre la verdad de la otra vida, y así, si todo muere con el cuerpo, es preciso que el universo reciba otras leyes, otras costumbres, otros usos, y que todo mude de cara en la tierra; si todo muere con el cuerpo, las máximas de la equidad, de la amistad, del honor, de la buena fé, del reconocimiento, no son mas que errores vulgares; pues no debemos obligacion alguna á unos hombres que nada son para nosotros, á los que no estamos unidos con lazo alguno comun de culto y de esperanza, que mañana han de caer en la nada, y acabarse para siempre. Si todo muere con nosotros, los dulces nombres de padre, de hijo, de amigo, y de esposo, son unos nombres fabulosos, y unos vanos títulos que nos divierten; pues la amistad, aun la que proviene de la virtud, no sería un vínculo durable. Nuestros padres, que nos han precedido, ya no existirían; nuestros hijos, no serían nuestros sucesores, porque la nada, en la que nosotros habríamos de venir á parar, no produce efecto alguno. El sagrado lazo del Matrimonio no sería mas que una union brutal, de la que por una union casual y fortuita, resultarían unas criaturas semejantes á nosotros, pero no tendrían de comun con nosotros mas que la nada.

¿Qué mas diré? Si todo muere con nosotros, los anales domésticos, y la sucesion de nuestros antepasados, no es mas que una sucesion quimérica, pues no hubieramos tenido abuelos, ni habríamos de tener nietos: los cuidados de la fama y de la posteridad serían cuidados frívolos; el honor que se tributa á la